

Política industrial: mucho ruido y pocas nueces

Si examinamos que tan útil ha sido la política industrial en nuestro desarrollo económico y social, podremos fácilmente concluir que algo ha servido, pero mucho, muchísimo terreno falta por recorrer para que contribuya significativamente a cerrar brechas, fortalecer deficiencias y conlleve un sistema productivo equitativo, diversificado y de avanzada.

El tema ha adolecido del tratamiento adecuado que ha repercutido en la frágil estructura de todos los sectores productivos, desde el primario de insumos básicos y materias primas, visible en especial en la pobreza y vulnerabilidad agropecuaria; pero en particular en el sector secundario propio de la producción de bienes intermedios y/o finales, tanto de consumo como de capital; hasta el débil y poco profundo sector terciario o de servicios, que incluye: comercio, transporte, comunicaciones, finanzas, turismo, hotelería, salud, educación, cultura y entretenimiento.

Por eso al hablar de política industrial se entendería que abarca entre otras la política agropecuaria, comercial y financiera, relación que aún no logramos descifrar. De la misma manera la política industrial esta claramente relacionada con la política de productividad y competitividad en ese orden, porque la primera conlleva a la segunda, pero además con la política de reconversión y transformación productiva, conceptos estos últimos no diferenciados, lo que ha generado claros vacíos de aplicación.

Sin embargo en el meollo o médula del tema están un par de políticas que aún tampoco logramos comprender como influyen en la política industrial, sobre las cuales recaen enormes zonas grises con relación a los recursos, planes y programas, pero ante todo en el compromiso institucional público privado sobre las mismas, siendo estas la política educativa y la política para la innovación en la ciencia y la tecnología.

Aunque se ha avanzado en el compromiso público con la educación, aún estamos muy lejos de los estándares de calidad y cobertura requeridos; pero donde seguimos postrados es en la política para la innovación en la ciencia y la tecnología, sumida en contados casos en buenas intenciones y en la mayoría en dogmatismo, dependencia ideológica, complejos de inferioridad y superioridad, afanes protagónicos y falta de eficacia y eficiencia, visibles en los deficientes resultados que esta exhibe.

Por supuesto que hay otras políticas públicas relacionadas con la política industrial tales como la política de fomento emprendedor, la política tributaria, la política de empleo, la política de infraestructura, la política para el desarrollo y democratización del mercado de capitales, la política

fiscal y monetaria, y la política de descentralización y regionalización; todas las cuales tienen también que ver con la política de desarrollo económico y social.

Requerimos entonces transitar hacia una política pública industrial comprensiva, integral e incluyente, alejada de la aberrante e indignante falta de soberanía que muestra muchos campos de la misma, así como de la miope exclusión prevista en el enfoque actual que pretende favorecer y privilegiar sectores sin mayor sustento. No basta decir donde se quiere llegar, que se queda en sofisma de distracción, sobre todo si al hacerlo se hace mal, con sesgos y con vacíos. De ahí que mucho ojo y trabajo demandará la correcta articulación de las entidades públicas, primero entre si para hablar al unísono, no duplicar esfuerzos ni gasto sino magnificar resultados, para luego relacionarse y responder debidamente a las necesidades y exigencias que sobre el tema realice el sector privado y demande el desarrollo nacional. Por eso a la política industrial en Colombia le cabe el dicho: "mucho ruido y pocas nueces".